

ran los débiles!" es el mote de esa especie de orden ecuestre instituida en todas las naciones de la tierra, porque en todas ellas hay ricos, y esa sentencia está escrita en el fondo de los corazones amasados por la opulencia ó nutridos por la aristocracia. ¿Se reúnen niños en un colegio? Pues esta imagen en pequeño de la sociedad, pero imagen tanto más verdadera cuanto más ingenua y más franca, tendrá siempre pobres ilotas, seres de sufrimiento y de dolor, siempre colocados entre el desprecio y la compasión: el Evangelio les promete el cielo. ¿Se desciende en la escala de los seres organizados? Si entre las aves de corral hay alguna enfermiza, se verá cómo las demás la persiguen á picotazos, la despluman y la asesinan. El mundo, fiel á esta Carta del egoísmo, prodiga sus rigores á las miserias sobrado audaces para ir á afrontar sus fiestas, para acibarar sus placeres. Todo el que padece de cuerpo ó de espíritu, que carece de dinero ó de poder, es un paria. Que no se mueva de su desierto; si traspasa los límites, encuentra por todas partes el invierno; frialdad en las miradas, en los modales, en las palabras, en el corazón; y debe darse por contento si no recoge un insulto allí donde debería deparársele un consuelo. Moribundos, permaneced en vuestros lechos de todos abandonados; ancianos, quedaos solos en vuestros fríos hogares; pobres muchachas sin dote, helaos y abraaos en vuestros desvanes solitarios. Si la sociedad tolera una desgracia, ¿no es por acomodarla á su uso, por aprovecharse de ella, ensillarla, ponerle unas riendas y una gualdrapa, montar en ella y utilizarla como objeto de recreo? ¡Asmáticas damas de compañía, afectad alegría en vuestros rostros; soportad el histerismo de vuestra su-

puesta bienhechora; sacad á pasear sus perros; rival de sus falderos ingleses, entretenedla, adivinadla, y luego callad! Y tú, rey de los lacayos sin librea, parásito desvergonzado, deja tu carácter en casa; digiere como digiere tu anfitrión, llora con su llanto, ríe con su risa, ten sus epigramas por agradables; y si quieres hablar mal de él, aguarda su caída. La sociedad honra de tal suerte la desgracia: la mata ó la ahuyenta, la vilipendia ó la castiga.

Todas estas reflexiones se aglomeraron sordamente en el corazón de Rafael con la prontitud de una inspiración poética; miró á su alrededor y sintió ese frío siniestro que la sociedad destila para ahuyentar las miserias y que entumece el alma con mucha más viveza de lo que la brisa glacial de Diciembre hiela los cuerpos. Cruzóse de brazos, se apoyó en la pared y quedó sumido en profunda melancolía. Pensaba en la poca ventura que aquella espantosa policía proporeiona al mundo. ¿Qué había allí? Distracciones sin placer, satisfacción sin alegría, fiestas sin goces, delirio sin voluptuosidad, en fin, la leña ó las cenizas de un hogar, pero sin un destello de llama. Cuando levantó la cabeza, se encontró solo, porque los jugadores habían huído. —Para hacerles adorar mi tos, me bastaría revelarles mi poder—dijo para sí. A este pensamiento arrojó el desprecio como un manto entre el mundo y él.

Al otro día, el médico del balneario fué á visitarle con aire afectuoso y se informó de su estado de salud. Rafael experimentó un sentimiento de alegría al oír las palabras afectuosas que se le dirigían. Parecióle que el semblante del médico estaba lleno de dulzura y de bondad, que los rizos de su peluca rubia respira-

ban filantropía, el corte de su levita, los pliegues de su pantalón, sus zapatos anchos como los de un cuáquero, todo, hasta los polvos circularmente sembrados por su coletilla sobre su espalda ligeramente inclinada, denotaba la caridad cristiana y la abnegación del hombre que, celoso de sus enfermos, se había constreñido á jugar al "whist" y al "trictrac" para ganarles siempre dinero.

—Señor marqués—dijo después de hablar largo rato con Rafael,—probablemente voy á disipar esa tristeza. Ahora conozco la constitución de usted lo suficiente para afirmar que los médicos de París, cuyo talento reconocido, se han equivocado acerca de la naturaleza de la enfermedad que le aqueja. Señor marqués, á no sobrevénir un accidente, está usted llamado á vivir más años que Matusalén. Tiene usted los pulmones tan fuertes como fuelles de fragua; y el estómago podría competir con el de un avestruz; pero si vive usted en una temperatura elevada, se expone á pasar muy pronto á tierra sagrada. Voy á explicar á usted mi pensamiento en dos palabras. La química ha demostrado que la respiración constituye en el hombre una especie de combustión cuya mayor ó menor intensidad depende de la afluencia ó de la escasez de los principios flojísticos acumulados por el organismo propio de cada individuo. El flojístico abunda en usted; usted está, si puedo expresarme así, superoxigenado por la complejón ardiente de los hombres destinados á las grandes pasiones. Al respirar el aire vivo y puro que acelera la vida en los hombres de fibra blanda, lo que hace usted es fomentar una combustión ya sobrado rápida. Así, pues, una de las condiciones de la existencia de

usted, es la atmósfera densa de los establos, de los valles. Si, el aire vital del hombre devorado por el genio está en los grandes prados de Alemania, en Baden-Baden ó en Toeplitz. Si no le disgusta Inglaterra, su esfera brumosa calmará esa incandescencia; pero nuestros balnearios, situados á mil pies sobre el nivel del Mediterráneo, son perjudiciales para usted. Tal es mi parecer—dijo el doctor haciendo un ademán de modestia;—y cuente que se lo doy contra nuestros intereses, porque si lo siguiera usted, tendríamos la desgracia de que se marchara de aquí.

A no haber sido por estas últimas palabras, habría seducido á Rafael la fingida bondad del meloso facultativo; pero era un observador demasiado profundo para no adivinar por el acento, por el gesto y por la mirada que acompañaron á aquella frase suavemente burlona la misión de que probablemente estaba encargada aquel hombrecillo en representación de sus alegres enfermos. Aquellos ociosos de tez florida, aquellas viejas aburridas, aquellos ingleses nómadas, aquellas elegantes escapadas del domicilio conyugal y llevadas al baneario por sus amantes, se proponían expulsar de él á un pobre moribundo débil, enclenque, incapaz de resistir en apariencia á una persecución cotidiana. Rafael aceptó el combate, viendo un entretenimiento en aquella confabulación.

—Puesto que tanto sentiría usted mi marcha—contestó al doctor,—voy á ver si puedo aprovechar su consejo permaneciendo aquí. Desde mañana mandaré construir aquí una casa en la que modificaremos el aire con arreglo á las instrucciones de usted.

El médico, interpretando la sonrisa amargamente

sardónica que vió vagar en los labios de Rafael, se limitó á saludarle sin ocurrírsele nada que contestar.

El lago de Bourget es una dilatada hendidura de montañas casi toda agrietada, en la que á setecientos u ochocientos pies sobre el nivel del Mediterráneo, brilla una capa de agua azul como ninguna otra en el mundo. Vista desde lo alto del Diente del Gato, ese lago parece una turquesa perdida. Tan bonita extensión de agua tiene nueve leguas de contorno, y en ciertos sitios casi quinientos pies de profundidad. Hallarse en una barca en medio de esa capa de agua, bajo un hermoso cielo, no oír más que el ruido de los remos, no ver en el horizonte más que montañas nebulosas, admirar las nieves resplandecientes de la Maurienne francesa, pasar sucesivamente desde los bloques de granito cubiertos del terciopelo de los helechos ó de los arbustos enanos á risueñas colinas, viéndose por un lado el desierto y por otro una naturaleza opulenta, un pobre asistiendo á la comida de un rico, todas estas armonías, todas estas discordancias constituyen un espectáculo en el que todo es grande ó todo pequeño. El aspecto de las montañas cambia las condiciones de la óptica y de la perspectiva; un pino de cien pies parece una caña, los anchos valles se divisan tan estrechos como senderos. Aquel lago es el único en el que se puede hacer una confidencia de corazón á corazón. Allí se piensa y allí se ama. En ningún punto se admiraría tan hermosa concordia entre el agua, el cielo, las montañas y la tierra. Allí hay bálsamos para todas las crisis de la vida. Aquel sitio guarda el secreto de los dolores, los consuela, los amengua, é infunde en el amor un no sé qué de grave, de recogido que

hace la pasión más profunda, más pura. Un beso se agranda allí. Pero sobre todo es el lago de los recuerdos; los favorece dándoles el color de sus ondas, espejo en el que todo se refleja. Rafael no soportaba su carga sino en medio de aquel hermoso paisaje; allí podía pasar el tiempo indolente, medifabundo y sin deseos. Después de la visita del doctor, Rafael salió de paseo y se hizo desembarcar en la punta desierta de una pequeña colina en la cual está situada la aldea de San Inocencio. Desde aquella especie de promontorio la vista abarca los montes de Bugey, al pie de los cuales corre el Ródano y el fondo del lago; pero á Rafael le gustaba contemplar desde allí, en la orilla opuesta, la melancólica abadía de Haute-Combe, sepultura de los reyes de Cerdeña prosternados ante las montañas como peregrinos llegados al término de su viaje. Un rumor igual y acompasado de remos turbó el silencio de aquel paisaje, y le prestó una voz monótona, semejante á las salmodias de los frailes. Maravillado de encontrar paseantes en aquella parte del lago ordinariamente solitaria, el marqués, sin salir de su abstracción fijó la vista en las personas sentadas en la barca, y conoció entre ellas á la vieja que tan secamente le había interpelado la víspera y que iba á popa. Cuando la embarcación pasó por delante de Rafael, no le saludó nadie más que la señorita de compañía de aquella dama, pobre mujer noble á la que le pareció ver por primera vez. Hacía un rato que había dado al olvido á los paseantes, á los que perdió de vista al revolver del promontorio, cuando oyó cerca de sí el roce de un vestido y el ruido de pasos ligeros. Volvió la cabeza y vió á la señorita de compañía; por su aspecto embarazado, adi-

vinó que quería hablarle y se acercó á ella. Aquella mujer, que frisaría en los treinta y seis años, alta, seca y fría, tenía, como todas las solteronas, la mirada indecisa, así como el porte encogido, torpe, sin soltura ni elasticidad. Vieja y joven á la vez, revelaba con cierta dignidad en la actitud el gran valor que atribuía á sus tesoros y á sus perfecciones. Por lo demás, tenía los modales discretos y monásticos de las mujeres acostumbradas á quererse á sí mismas, sin duda por no malograr su destino de amor.

—Caballero, corre peligro su vida; no vaya usted más al Casino—dijo á Rafael retrocediendo unos cuantos pasos como si ya se viera comprometida su virtud.

—Señorita—contestó Valentín sonriendo,—hágame usted el favor de explicarse más claramente, ya que se ha dignado venir hasta aquí. . . . .

—¡Ah!—repuso ella,—á no ser por el poderoso motivo que me trae, no me habría arriesgado á incurrir en el enojo de la señora condesa, porque si llegara á saber que le he avisado. . . . .

—¿Y quién se lo ha de decir?

—Tiene usted razón—contestó la solterona dirigiéndole la mirada temblorosa de una lechuza sacada al sol.—Pero guárdese usted; muchos jóvenes que quieren ahuyentarlo del balneario se han propuesto provocar á usted, obligarle á batirse con ellos.

La voz de la vieja dama resonó en lontananza.

—Señorita—dijo el marqués,—mi gratitud. . . . .

Su protectora había echado á correr al oír la voz de su señora que, de rechazo, gañía en las rocas.

—¡Pobre mujer!—pensó Rafael sentándose al pie de

un árbol,—las miserias se entienden y se ayudan siempre.

El jefe de todas las ciencias es sin disputa el interrogante: la mayor parte de todos los descubrimientos se los debemos al: ¿Cómo? Y la sabiduría en la vida consiste quizás en preguntarse á cada paso: ¿Por qué? Pero también es verdad que esta presciencia ficticia destruye nuestras ilusiones. Por esto sin duda, habiendo tomado Valentín, sin premeditación de filosofía, la buena acción de aquella mujer por texto de sus pensamientos errabundos, le pareció llena de hiel.

—No hay nada de particular en que me ame una señorita de compañía—pensó,—al fin y al cabo tengo veintisiete años, un título y doscientas mil libras de renta. Pero ¿no es cosa extraña y maravillosa el que su señora, que disputa á las gatas la palma de la hidrofobia, la haya traído en barco hacia donde yo estoy? Esas dos mujeres, venidas á Saboya para dormir como marmotas, y que al medio día aun no saben si ha amanecido, ¿se habrán levantado hoy antes de las ocho para ponerse en mi seguimiento por casualidad?

En breve aquella mujer y su ingenuidad cuadragenaria aparecieron á sus ojos como una nueva transformación de este mundo artificioso y ruin, como una treta mezquina, como un torpe complot, una quisquilla de clérigo ó de mujer. Lo del duelo era una patraña, ó solamente se quería asustarle. Aquellas almas estrechas, insolentes y enredadoras como moscas, habían conseguido despertar su vanidad, excitar su orgullo, picar su curiosidad. No queriendo ser su juguete ni pasar por cobarde, y distraído quizás por aquel pequeño drama, aquella misma noche fué al Casino. Se

quedó de pie, puesto de codos en el mármol de la chimenea, y permaneció tranquilo en el salón principal, procurando no dar motivo á que la tomaran con él; pero examinaba las caras, y en cierto modo desafiaba á los concurrentes con su circunspección. Como un dogo seguro de su fuerza, aguardaba el combate en su terreno, sin ladrar inútilmente. Hacia el fin de la velada se paseó por el salón de juego, yendo desde la puerta de entrada á la de billar, y lanzando de vez en cuando una ojeada á los jóvenes que estaban jugando una partida. Después de dar algunos paseos, oyó que le nombraban. Aunque hablaban en voz baja, Rafael comprendió que era objeto de una discusión; y acabó por percibir algunas frases dichas en voz más alta.—¿Tú?—Sí, yo.—Lo duño.—Apostemos algo.—¿Oh! Irá.—En el momento en que Valentín, deseoso de conocer el motivo de la apuesta, se detuvo para escuchar con atención la conversación, salió del billar un joven alto y robusto, de buen aspecto, pero con la mirada fija é impertinente de las personas que cuentan con algún poder material.

—Caballero—dijo con gran calma dirigiéndose á Rafael,—me he encargado de hacer saber á usted una cosa que parece ignorar, y es que la cara y la persona de usted desagradan aquí á todo el mundo, y á mí en particular; le creo á usted bastante bien educado para no sacrificarse por el bien general, y, por consiguiente, le ruego que no se presente más en el Casino.

—Señor mío—respondió tranquilamente Rafael.—esa broma, usada ya en tiempo del Imperio en muchas guarniciones, hoy ha llegado á ser de mal tono.

—No bromeo—repuso el joven,—se lo repito: la per-

manencia de usted aquí sería en alto grado perjudicial para su salud; el calor, las luces, el ambiente del salón, la gente, todo es contrario á la enfermedad que usted padece.

—¡Hola, hola! ¿Ha estudiado usted medicina?

—Me he graduado de bachiller en la sala de tiro de Lepage, y de doctor en casa de Cerisier, el rey del florete.

—Pues todavía le falta á usted un grado—replicó Valentín;—aprenda usted el tratado de urbanidad, y entonces será todo un caballero.

En aquel momento, los jóvenes, sonrientes ó silenciosos, salieron del billar. Los demás jugadores, que habían estado escuchando, soltaron los naipes para presenciar una cuestión que halagaba sus pasiones. Solo, en medio de aquella gente enemiga, Rafael procuró conservar su sangre fría y no cometer la menor falta; pero como su antagonista se permitiera proferir un sarcasmo en que el ultraje iba envuelto en una forma eminentemente incisiva é ingeniosa, le respondió gravemente:

—Caballero, hoy ya no está permitido abofetear á un hombre; pero no encuentro palabras con que censurar una conducta tan cobarde y vil como la de usted.

—Basta, basta ya; mañana se darán ustedes explicaciones—dijeron muchos jóvenes interponiéndose entre los dos contrincantes.

Rafael salió del salón, pasando por ofensor, y después de aceptar una cita para una pequeña pradera, junto al castillo de Bordeau, cerca de un camino recién construído por el que el vencedor podía escapar á Lyon.

Rafael tendría forzosamente ó que guardar cama ó marcharse del balneario de Aix. La sociedad triunfaba. A las ocho de la siguiente mañana el adversario del marqués estaba en el punto de reunión, acompañado de dos padrinos y un médico.

—Aquí estaremos muy bien, hace un tiempo magnífico para batirse—dijo alegremente mirando la bóveda azul del cielo, las aguas del lago y las rocas, sin el menor recelo de salir mal librado del lance.—Doctor, ¿si le hiero en el hombro le haré guardar cama un mes?

—Lo menos—contestó el médico.—Pero deje usted á ese arbolillo en paz; de lo contrario se causaría usted la mano y no podría apuntar bien, y quizás matara usted á su adversario en vez de herirle solamente.

En esto se oyó el ruido de un coche.

—Aquí llega—dijeron los padrinos al ver por el camino un coche tirado por cuatro caballos y guiado por dos postillones.

—Vaya un modo de venir!—exclamó el adversario de Valentín.—Sin duda quiere hacerse matar por la posta.

En un duelo, lo mismo que en el juego, los más pequeños incidentes influyen en la imaginación de los actores vivamente interesados en el resultado de una jugada ó de un tiro; así fué que el joven aguardó con una especie de inquietud la llegada de aquel carruaje que se paró en el camino: El viejo Jonatás fué el primero que se apeó con trabajo para ayudar á Rafael á bajar: le sostuvo en sus brazos á causa de su debilidad, teniendo por él todos los solícitos cuidados que un amante prodiga á su amada. Ambos se metieron por los senderos que había entre la carretera y el lugar

designado para el combate, y no aparecieron hasta mucho tiempo después, andando muy despacio. Los cuatro espectadores de aquella escena singular experimentaron una emoción profunda al ver á Valentín apoyado en el brazo de su servidor; pálido y abatido, andaba como un gotoso, cabizbajo y sin decir una palabra. Parecían dos ancianos igualmente desmedrados, uno por el tiempo, otro por las cavilaciones; el primero tenía su edad escrita en sus canas; el joven ya no tenía edad.

—Caballero, no he dormido en toda la noche—dijo Rafael á su adversario.

Esta frase glacial y la mirada terrible que la acompañó sobresaltaron al verdadero provocador, el cual, comprendiendo su mal proceder, empezó á avergonzarse de él.

Había algo extraño en la actitud, en la voz y en la expresión de Rafael. El marqués hizo una pausa y cada cual imitó su silencio. La inquietud y la atención habían llegado al colmo.

—Aun está usted á tiempo de darme una pequeña satisfacción—repuso el marqués;—démela, porque de lo contrario va usted á morir. En este momento cuenta usted todavía con su habilidad, sin retroceder ante la idea de un duelo en el cual cree usted llevar toda la ventaja. Pues bien, señor mío, yo soy generoso y le advierto de mi superioridad. Poseo un poder terrible. Para anular la destreza de usted, velar sus miradas, hacer que tiemble su mano y palpite su corazón, en una palabra, para matarle, me basta desearlo. No quiero que se me obligue á valerme de mi poder, porque eso me cuesta demasiado caro. No sería usted el único que

muriese. Pero si se niega usted á darme una satisfacción, la bala de usted irá á parar al agua de esa cascada á pesar de toda su habilidad para el asesinato, y la mía á su corazón sin que me sea preciso apuntar.

En aquel momento, ciertas voces confusas interrumpieron á Rafael, el cual, al pronunciar estas palabras había dirigido constantemente sobre su adversario la insoportable claridad de su mirada fija y se había erigido mostrando un rostro impasible, semejante al de un loco malévolo.

—Dile que calle—dijo el joven á su padrino,—porque su voz me retuerce las entrañas.

—Caballero, cálese usted; cuanto diga es ya inútil—dijeron á Rafael los dos padrinos y el médico.

—Es que cumplo un deber. ¿Tiene este joven algunas disposiciones que tomar?

—Basta, basta ya.

El marqués permaneció de pie, inmóvil, sin perder un instante de vista á su adversario, que, dominado por un poder casi mágico, estaba como un pájaro delante de una serpiente; obligado á soportar aquella mirada homicida, la esquivaba y, sin embargo, volvía á arrostrarla.

—Dame agua, tengo sed—dijo á su padrino.

—¿Tienes miedo?

—Sí. La mirada de ese hombre es abrasadora y me fascina.

—¿Quieres darle una satisfacción?

—Ya no es tiempo.

Los dos adversarios se colocaron á quince pasos de distancia entre sí. Cada uno de ellos tenía un par de pistolas, y con arreglo á las condiciones del desafío, de-

bían disparar dos tiros á beneplácito, pero cuando los padrinos hubiesen hecho la señal.

—¿Qué haces, Carlos?—preguntó el segundo padrino al contrincante de Rafael—¿No ves que metes la bala antes que la pólvora?

—Soy muerto—contestó;—me habéis puesto enfrente del sol.

—Lo tiene usted detrás—le dijo Valentín con voz grave y solemne, cargando despacio su pistola, sin alterarse ni por la señal ya hecha, ni por el cuidado con que le apuntaba su adversario.

Aquella seguridad natural tenía algo de terrible que asombró hasta á los postillones, que se habían acercado movidos de cruel curiosidad. Jugando con su poder, ó queriendo ponerlo á prueba, Rafael hablaba con Jonatás y le miraba en el momento en que su adversario le disparó. La bala de Carlos fué á romper una rama de un sauce, y rebotó al agua. Rafael tiró al azar, hirió á su enemigo en el corazón, y, sin cuidarse de que aquel joven caía desplomado, buscó prontamente la piel de zapa para ver lo que le costaba una vida humana. El talismán había quedado reducido al tamaño de una hojita de roble.

—¿Qué estáis mirando ahí, postillones? ¡Ea, en marcha!—dijo el marqués.

Llegado aquella misma tarde á Francia, tomó al punto el camino de Auvernia, y fué al balneario del monte Dore. Durante este viaje se le ocurrió una de esas ideas súbitas que caen en nuestra alma como un rayo de sol á través de espesas nubes en un oscuro valle. ¡Tristes fulgores, cordudas implacables que alumbran los hechos consumados, descorren el velo de nuestras

UNIVERSIDAD DE MONTPELLIER

faltas y nos dejan sin perdón ante nosotros mismos! Pensó de pronto que la posesión del poder, por inmenso que pudiera ser, no depara la ciencia necesaria para servirse de él. El cetro es un juguete para un niño, un hacha para Richeliéu, y para Napoleón una palanca capaz de hacer vacilar el mundo. El poder nos deja tales cuales somos, y no engrandece más que á los grandes. Rafael lo había podido hacer todo y no había hecho nada.

En el balneario del monte Dore encontró también esa sociedad que se alejaba de él con la misma prisa con que huyen los animales de otro animal muerto, después de haberle olfateado desde lejos. Aquel odio era recíproco. Su última aventura le había inspirado una aversión profunda á la sociedad. Por esto su primer cuidado fué buscar un asilo apartado en las cercanías del establecimiento. Sentía instintivamente la necesidad de aproximarse á la naturaleza, á sus emociones verdaderas y á esa vida vegetativa á la cual nos entregamos tan de buen grado en medio de los campos. Al otro día de su llegada subió, no sin trabajo, al pico de Sancy, y visitó los valles superiores, los paisajes aéreos, los lagos escondidos, las rústicas cabañas de los montes Dore, cuyos agrestes y salvajes atractivos comienzan á tentar los pinceles de nuestros artistas. De vez en cuando se encuentran allí admirables paisajes llenos de gracia y de frescura que contrastan con el aspecto siniestro de aquellas áridas montañas. A cosa de media legua de la aldea, Rafael se encontró en un sitio, risueño y alegre como un niño, en el que la naturaleza parecía haberse complacido en ocultar sus tesoros, y al ver aquel retiro pintoresco y sencillo, resolvió estable-

cerse en él. La vida debía ser allí tranquila, espontánea, frugiforme como la de una planta.

Figúrese el lector un cono invertido, pero un cono de granito de ancha base; especie de cubeta cuyos bordes estaba mellados por extrañas anfractuosidades; mesetas rectas, sin vegetación, lisas, azuladas y en las cuales resbalaban los rayos del sol como en un espejo; allí, peñas resquebrajadas, agrietadas por barrancos, de las que pendían enormes trozos de lava cuya caída estaba lentamente preparada por las aguas pluviales, y con frecuencia coronadas de árboles achaparrados torturados por los vientos; á trechos mogotes oscuros y frescos en los que surgían algunos castaños tan altos como cedros, ó bien grutas amarillentas que abrían una boca negra y profunda, defendida por zarzas y flores y guarnecida de una cortina de verdura. En el fondo de esta copa, que tal vez era el antiguo cráter de un volcán, había un estanque cuya agua pura tenía el brillo del diamante. Alrededor de aquella cuenca profunda, orlada de granito, de sauces, de espadañas, de fresnos y de mil plantas aromáticas en flor á la sazón, reinaba una pradera verde como la calle adornada de césped de un jardín inglés; su yerba fina y bonita estaba regada por las filtraciones que manaban entre las hendiduras de las rocas y abonada por los residuos vegetales que las tormentas arrastraban de continuo desde las altas cumbres hacia el fondo. El estanque, irregularmente cortado en ondas como el borde de un vestido, vendría á tener tres fanegadas de extensión, y según que las rocas y el agua salían más ó menos, la pradera tendría una ó dos de anchura, y aun en algunos sitios apenas quedaba bastante espa-



cio para que pasaran las vacas. A cierta altura concluía la vegetación. El granito presentaba las formas más extrañas, así como esas tintas vaporosas que dan á las montañas elevadas vagas semejanzas con las nubes. Al suave aspecto de la cañada, aquellas rocas desnudas y peladas oponían las salvajes y estériles imágenes de la desolación, probables derrumbamientos, y formas tan caprichosas que una de esas rocas lleva el nombre de "El Capuchino," porque se parece á un fraile. A veces esas agujas agudas, esos picos atrevidos, esas cavernas aéreas se iluminaban alternativamente según el curso del sol ó las fantásticas mudanzas de la atmósfera, y adquirirían los matices del oro, se teñían de púrpura, y se tornaban de un color sonrosado vivo mate ó gris. Aquellas alturas presentaban un espectáculo continuo y cambiante como los reflejos irisados de la garganta de las palomas. A menudo, entre dos oleadas de lava que parecían separadas con un hacha, penetraba un hermoso rayo de luz, al orto ó al ocaso del sol, hasta el fondo de aquella riente canastilla en que jugueteaban las aguas de la cuenca, semejante á la raya de oro que atraviesa el resquicio de la ventana de una habitación española, cuidadosamente cerrada para dormir la siesta. Cuando el sol estaba verticalmente sobre el cráter, lleno de agua por alguna revolución antediluviana, los flancos peñascosos se caldeaban, el antiguo volcán se encendía y su rápido calor despertaba los gérmenes, fecundaba la vegetación, coloraba las flores y maduraba los frutos de aquel pequeño rincón de tierra ignorada. Cuando Rafael llegó á él vió unas cuantas vacas pastando en la pradera, y después de dar algunos pasos hacia el estanque, divisó en el sitio en

que el terreno era más ancho, una modesta casa de granito con techumbre de madera, techumbre que, en armonía con aquel sitio, estaba adornada de musgos, de hiedras y de flores que revelaban gran antigüedad. Una tenue humareda, que no espantaba ya á las aves, salía de la deteriorada chimenea. A la puerta había colocado un gran banco entre dos madre selvas enormes, llenas de flores que perfumaban el ambiente. Apenas se veían las paredes ocultas bajo los pámpanos de una parra y bajo las guirnaldas de rosas y de jazmines que crecían á la ventura y á sus anchas. Los moradores, indiferentes á aquellas galas campestres, no se cuidaban de ellas, y dejaban á la naturaleza su gracia virginal y juguetona. Unos pañales colgados de un grosellero se secaban al sol. Allí había un gato acurrucado sobre una máquina de machacar cañamo, y debajo de ésta un caldero amarillo, recién limpiado, entre un montón de mondaduras de patatas. Al otro lado de la casa, Rafael vió una valla de espinos, que tenía sin duda por objeto impedir que las gallinas devastaran los frutos y el huerto. No parecía sino que allí acababa el mundo. Aquella vivienda se asemejaba á esos nidos de pájaros ingeniosamente fijos al hueco de una roca, llenos de arte, á la vez que de negligencia. Era una naturaleza sencilla y buena, rusticidad verdadera, pero poética, porque florecía á mil leguas de nuestras poesías atildadas, no tenía analogía con ninguna idea, no procedía sino de sí misma, verdadero triunfo del azar. En el momento en que llegó Rafael, el sol lanzaba sus rayos de derecha á izquierda y hacía resplandecer los colores de la vegetación, ponía en relieve ó decoraba prestigios de la luz, oposiciones de la sombra, los fon-

dos amarillos y cenicientos de las rocas, las plantas trepadoras y sus campanillas, el terciopelo tornasolado de los musgos, los racimos purpúreos de los brezales, pero, sobre todo, la sábana de agua clara en la que se reflejaban fielmente las cumbres graníticas, los árboles, la casa y el cielo. En este cuadro delicioso todo tenía sus destellos, desde la mica brillante hasta la mata de yerba blonda escondida en un suave claro obscuro; todo era allí armonioso, la vaca manchada de luciente pelaje, las frágiles flores acuáticas extendidas como franjas que pendían sobre el agua en una pequeña hondonada en la que zumbaban los insectos de ropaje azul ó esmeralda, y las raíces de los árboles, especie de cabelleras arenosas que coronaban una informe figura de guijarros. Las tibias emanaciones de las aguas, de las flores y de las grutas produjeron á Rafael una sensación casi voluptuosa. Los ladridos de los perros interrumpieron de pronto el silencio majestuoso que reinaba en aquella floresta, olvidada tal vez en las listas del catastro; las vacas volvieron la cabeza hacia la entrada de la cañada, mostraron á Rafael sus húmedos hocicos, y se pusieron á pacer después de mirarle estúpidamente. Una cabra y su cabritillo, suspendidos de las rocas como por arte mágico, dieron unos cuantos brinco y fueron á plantarse en una lisa peña de granito cerca de Rafael, pareciendo interrogarle. Los ladridos de los perros hicieron salir de la casa á un chiquillo gordiflón que se quedó con la boca abierta, y tras él á un anciano lleno de canas y de regular estatura. Aquellos dos seres estaban en relación con el paisaje, con el ambiente, las flores y la casa. Aquella naturaleza exuberante rebosaba salud; la

vejez y la infancia eran hermosas; en una palabra, había en todos aquellos tipos de existencia un abandono primordial, una rutina de ventura que daba un mentís á nuestras capuchinadas filosóficas y curaba el corazón de sus pasiones llenas de hinchazón. El anciano era uno de esos modelos tan buscados por el varonil pincel de Schnetz; de moreno rostro cuyas numerosas arrugas parecían rudas al tacto, nariz recta, pómulos salientes y jaspeados de encarnado como un pámpano viejo, todos los caracteres de la fuerza, aun allí de donde la fuerza había desaparecido; sus manos callosas, aunque ya no trabajaban, conservaban un vello blanco y escaso; su continente de hombre verdaderamente libre hacía presentir que en Italia quizás se habría hecho bandolero por amor á su preciosa libertad. El muchacho, verdadero montañés, tenía ojos negros que podían mirar al sol sin entornar los párpados, cutis atezado y desgredados cabellos oscuros. Era listo y resuelto, de movimientos tan sueltos como los de un ave; como iba mal vestido, al través de los desgarrones de su ropa se le veía una piel blanca y fresca. Ambos se quedaron callados, uno junto á otro, movidos por el mismo sentimiento que ofrecía á su fisonomía la prueba de una identidad perfecta en su vida ociosa por igual. El anciano se había familiarizado con los juegos del niño y el niño con el genio del viejo por una especie de pacto entre dos debilidades, entre una fuerza próxima á concluir y una fuerza próxima á desarrollarse. Poco después apareció en el umbral de la puerta una mujer que frisaría en los treinta años. Hilaba andando, y era una auvernesa, de rostro colorado, aspecto de satisfacción, franca, de blanca dentadura,

figura de la Auvernia, talle, peinado y traje de la Auvernia, pechos abultados de la Auvernia, idealización completa del país con sus costumbres laboriosas, ignorancia, economía, cordialidad, todo, en una palabra.

Saludó á Rafael, con quien entabló en seguida conversación; los perros callaron, el viejo se sentó en un banco al sol, y el chiquillo siguió á su madre, silencioso, pero escuchando, examinando al forastero.

—¿No tienen ustedes miedo aquí buena mujer?

—¿Miedo, de qué? Cuando atrancamos la puerta, ¿quién podría venir aquí? No, no tenemos miedo. Además—dijo haciendo entrar al marqués en la habitación principal de la casa.—¿qué podrían venir á robar aquí los ladrones?

Y enseñaba las paredes ennegrecidas por el humo, las cuales tenían por todo adorno esas estampas iluminadas de azul, encarnado y verde que representan la "Muerte del Crédito," la "Pasión de Nuestro Señor Jesucristo" y los "Granaderos de la guardia imperial;" luego una vieja cama de nogal con columnas, una mesa de patas reforzadas, algunos escabeles, la artesa para amasar pan, un pernil colgado de una viga, sal en un tarro, una estufa, y en la chimenea algunas figurillas de yeso. Al salir de la casa, Rafael vió entre las rocas un hombre que llevaba un azadón en la mano, y que miraba hacia la casa con curiosidad.

—Es mi marido que está labrando la tierra allá arriba—dijo la auvernesa con una sonrisa propia de las campesinas.

—Y ¿ese anciano es su padre de usted?

—No, señor, es abuelo de mi hombre. Tal como le ve usted, tiene ya ciento dos años, y sin embargo no ha-

ce mucho que llevó á pie á nuestro hijo hasta Clermont. Ha sido un hombre muy fuerte; pero ahora no hace más que comer, beber y dormir. Siempre se entretiene con el chieuelo, y á veces éste lo lleva á los montes sin que se oponga á ello.

Valentín se decidió á vivir entre aquel anciano y aquel niño, á respirar en su atmósfera, á comer su pan, á beber su agua, á dormir su sueño y á hacerse su sangre en las venas. ¡Capricho de moribundo! Convertirse en una de las ostras de aquella roca, salvar su concha unos cuantos días más embotando á la muerte, fué para él el arquetipo de la moral individual, la verdadera fórmula de la existencia humana, el bello ideal de la vida, la única, la verdadera vida. Ocurriósele un profundo pensamiento de egoísmo en el que se hundió el universo. A sus ojos, ya no hubo universo, sino que pasó á él. Para los enfermos, el mundo empieza en la cabecera y acaba al pie de su lecho. Aquel paisaje fué el lecho de Rafael.

¿Quién no ha espiado, por lo menos una vez en su vida, los pasos y movimientos de una hormiga, introducido pajitas en el orificio por el cual respira una lima-za amarillenta, estudiado los caprichos de una señorita enclenque, admirado las mil venas coloradas, como el rosetón de una catedral gótica, que se destacan sobre el fondo rojizo de las hojas de un roble joven? ¿Quién no ha contemplado largo tiempo y con embeleso el efecto de la lluvia y del sol en una techumbre de tejas oscuras, ó examinado las gotas del rocío, los pétalos de las flores, los variados festones de sus cálices? ¿Quién no ha quedado sumido en esas enagenaciones materiales, indolentes y ocupadas, sin objeto, pero que

nos llevan á formular algún pensamiento? En fin, ¿quién no ha llevado la vida de la infancia, la vida perezosa, la vida del salvaje sin sus trabajos? Así vivió Rafael muchos días, sin cuidados, sin deseos, experimentando sensible mejoría, un bienestar extraordinario que calmó sus zozobras y mitigó sus padecimientos. Trepaba por las rocas ó iba á sentarse en un pico desde el cual abarcaba su vista un paisaje de inmensa extensión. Allí pasaba días enteros como una planta al sol, como una liebre en su cama, ó bien, familiarizándose con los fenómenos de la vegetación, con las vicisitudes del cielo, espía los progresos de todas sus obras en la tierra, en las aguas y en el aire.

Probó á asociarse al movimiento íntimo de aquella naturaleza, identificarse bastante por completo con su pasiva obediencia para caer bajo la ley despótica y conservadora que dirige las existencias instintivas. No quería ya estar cargado de sí mismo. Semejante á esos criminales de otro tiempo que, perseguidos por la justicia, se salvaban si lograban refugiarse en la sombra de un altar, procuraba deslizarse en el santuario de la vida. Consiguió formar parte integrante de aquella amplia y poderosa fructificación; se había connaturalizado con las intemperies, habitado los huecos de todas las rocas, aprendido los hábitos y costumbres de todas las plantas, estudiado el régimen de las aguas, sus yacimientos, y trabado conocimiento con los animales; en fin, se había unido tan perfectamente á aquella tierra inanimada, que en cierto modo había sorprendido su alma y penetrado sus secretos. Para él, las formas infinitas de todos los reinos eran los desarrollos de una misma substancia, las combinaciones de un mismo mo-

vimiento, vasta respiración de un ser inmenso que obraba, crecía, andaba, pensaba, y con el cual quería crecer, andar, pensar, obrar. Había mezclado fantásticamente su vida á la vida de aquella roca, se había implantado en ella. Gracias á aquel misterioso iluminismo, convalecencia ficticia, semejante á esos benéficos delirios concedidos por la naturaleza como otras tantas etapas en el dolor, Valentin gustó los placeres de una segunda infancia durante los primeros momentos de su residencia en aquel risueño paisaje. Allí iba desentrañando pequenezes, emprendiendo mil cosas sin acabar ninguna, olvidando hoy los proyectos de ayer; fué feliz y se creyó salvado. Cierta mañana se había quedado por casualidad en cama hasta el medio día, sumido en ese estado que ni es sueño ni es vigilia, que presta á las realidades las apariencias de la fantasía y da á las quimeras el relieve de la existencia, cuando, sin saber si seguía soñando, oyó de pronto el parte diario de su salud dado por su huésped á Jonatás, que, como todos los días, se había presentado á preguntar por él. La auvernesa creyó sin duda que Valentin estaba aún dormido, y no había bajado el diapasón de su voz montañesa.

—No va peor ni mejor—decía.—Ha estado tosiendo toda la noche que parecía que iba á reventar. Tose y escupe que es una compasión. Mi hombre y yo no sabemos cómo le queda fuerza para toser tanto. Es cosa que parte el corazón. ¡Qué condenada enfermedad la suya! La verdad es que está muy malo. Yo siempre tengo miedo de encontrarle el día menos pensado muerto en la cama. Está tan amarillo como un niño Jesús de cera. Todos los días le veo cuando se levanta.

ta; pues bien, su pobre cuerpo está tan flaco que parece un saco de clavos. ¡Y hasta huele mal! Pero él se consume corriendo de aquí para allí como si tuviera salud para dar y vender. Bien mirado, tiene mucho ánimo para no quejarse. A la verdad, estaría mejor en el otro mundo, porque sufre la pasión de Cristo. Yo no lo deseo, ni está en nuestro interés. Pero aunque no nos diera lo que nos da, tampoco dejaríamos de quererle; no es el interés el que nos guía. ¡Dios mío! añadió, solo los parisienses tienen esas malditas enfermedades. ¿De dónde las sacan? ¡Pobre joven! Es seguro que no acabará bien. Esa fiebre le mina, le consume, le arruina, pero él no lo sabe, ni nota nada. No llore usted así señor Jonatás; hay que hacerse la cuenta de que si muere dejará de padecer. Debería usted hacer una novena por él; mire usted que yo he presenciado grandes curaciones alcanzadas por novenas, y de buena gana pagaría un cirio con tal de salvar á un hombre tan amable, tan bueno, un cordero pascual.

Rafael tenía la voz demasiado débil para hacerse oír, por lo cual tuvo que soportar aquella charla terrible. Sin embargo, la impaciencia le hizo saltar de la cama, y saliendo á la puerta dijo á Jonatás:

—Viejo malvado, ¿quieres ser mi verdugo?

La aldeana creyó ver un espectro y echó á correr llena de espanto.

—Está bien, señor marqués—contestó el criado enjugándose las lágrimas.

—Y en lo sucesivo lo mejor que puedes hacer es no venir aquí sin que te llame.

Jonatás quiso obedecer, pero antes de retirarse,

echó á su señor una mirada fiel y compasiva en la que Rafael leyó su sentencia de muerte. Desalentado, comprendiendo de pronto su verdadera situación, Valentín se sentó en el umbral de la puerta, se cruzó de brazos y bajó la cabeza. Jonatás, asustado, se acercó á su amo.

—Señor. . . .

—¡Vete, vete!—le gritó el enfermo.

En la mañana del siguiente día, Rafael subió á las peñas y se sentó en una grieta llena de musgo desde la cual podía ver el angosto camino por el que se iba desde el establecimiento balneario á su casa. Al pie del pico vió á Jonatás conversando con la auvernesa. Por una maliciosa facultad interpretó los movimientos de cabeza, los gestos desesperados, la siniestra ingenuidad de aquella mujer, y hasta el viento y el silencio le llevaron sus fatales palabras. Lleno de horror, se refugió en las más altas cimas de las montañas, y allí permaneció hasta el anochecer sin haber podido desechar los siniestros pensamientos tan desdichadamente despertados en su corazón por el cruel interés de que era objeto. De pronto se presentó la auvernesa ante él como una sombra del crepúsculo, y por una fantasía de poeta parecióle que su saya rayada de negro y blanco tenía cierta vaga semejanza con las costillas secas de un esqueleto.

—Querido señor, mire usted que hay mucho relente—le dijo la buena mujer.—Si continúa usted aquí se va á poner como una fruta pasada. Le conviene volver á casa. No es sano exponerse al rocío. ¡Además, no ha tomado usted nada desde esta mañana.

—¡Mil rayos!—exclamó.—Vieja bruja, déjeme usted